

pueblo sentimientos más favorables. Pleminio murió en la prisión antes de que decidiese el pueblo acerca de su suerte. Con relación á este hombre, refiere Clodio Licinio, en el tercer libro de su *Historia romana*, que, durante unos juegos votivos que dió Scipión en Roma, en tiempo de su segundo consulado, ganó con dinero algunos malhechores que debían incendiar la ciudad por varios puntos y favorecerle para romper las cadenas y escapar. Descubierta la trama, trasladaron á Pleminio á la prisión de Tulio, en virtud de un *senatus-consulto*. De Scipión no se habló más que en el Senado. Los legados y tribunos hicieron tan pomposo elogio de la flota, del ejército y del General, que el Senado opinó apresurar la expedición de África, y permitió á Scipión que eligiese entre las legiones de Sicilia las que llevaría con él y las que dejaría para la seguridad de la provincia.

Mientras sucedían estas cosas en Roma, los cartagineses, que habían colocado puestos de observación en todos los promontorios, que interrogaban á todos los viajeros, que se aterraban á cada noticia, después de pasar el invierno en alarma, consiguieron una alianza muy importante para la defensa de África, atrayendo á su causa al rey Syfax, persuadidos como estaban de que Scipión contaba especialmente con la cooperación de este Príncipe para el éxito de su invasión. Entre Asdrúbal, hijo de Gísgón, y Syfax existían relaciones de hospitalidad, como antes dijimos, cuando Scipión y Asdrúbal, partiendo de España, la casualidad les reunió á la vez en su corte; pero se había tratado además de un enlace de familia, debiendo el Rey casarse con la hija del General cartaginés. Queriendo Asdrúbal acelerar la terminación de este asunto y fijar la época del matrimonio, porque su hija era nubil, marchó á ver al Rey, y, en-

contrándolo profundamente apasionado, como lo son los núbidas, los más ardientes y exaltados de los pueblos bárbaros, hizo venir á su hija de Cartago y apresuró el matrimonio. En medio de las fiestas y de la alegría, al enlace particular de las dos familias siguió la alianza entre los dos pueblos, uniéndose los cartagineses y Syfax por mutuos compromisos, prometiéndose bajo la fe del juramento tener los mismos amigos y los mismos enemigos. Pero Asdrúbal no había olvidado que existía un tratado entre Scipión y el Rey. Conociendo la inconstancia y volubilidad de los bárbaros, temió que, si los romanos pasaban al África, aquel matrimonio fuese débil lazo para el núbida: aprovechó, pues, la embriaguez de aquel nuevo amor de Syfax y le decidió, con auxilio de las caricias de su hija, á que enviase legados á Scipión, en Sicilia, para disuadirle de pasar al África bajo la fe de sus anteriores promesas. Syfax mandó decir al General romano «que acababa de casarse con la hija de Asdrúbal, ciudadano de Cartago, á quien Scipión vió en su corte; que se había unido por un tratado de alianza con el pueblo cartaginés; que su deseo más ardiente era ver el teatro de la guerra entre romanos y cartagineses fijo, como lo había estado hasta entonces, fuera del África, con objeto de no encontrarse en la necesidad de tomar parte en sus querellas y adoptar un partido en contra del otro; que si P. Scipión no renunciaba á sus proyectos sobre el África, si dirigía sus tropas á Cartago, se vería obligado á combatir por la tierra en que había nacido, por la patria de su esposa, por su padre y sus penates.»

Con estas instrucciones marcharon los legados á ver á Scipión, á quien encontraron en Siracusa. Veía Scipión que perdía un apoyo poderoso para su guerra



de África y una grande esperanza para el triunfo; sin embargo, apresuróse á despedir á los legados, antes de que se conociese el objeto de su misión, y les entregó cartas para Syfax, exhortándole encarecidamente á no violar las leyes de la hospitalidad, ni la alianza que había contraído con el pueblo romano; á respetar la justicia, la buena fe, los juramentos y á los dioses, testigos y árbitros de los tratados.» Pero no podía ocultarse la llegada de los númidas, que habían recorrido la ciudad y se habían presentado en el pretorio: si se guardaba silencio acerca del objeto de su misión, podía temerse que la verdad se divulgase por sí misma con tanta más rapidez como cuidado se ponía en reservarla, y que el ejército se desalentase ante la idea de combatir al mismo tiempo á Syfax y á los cartagineses. Scipión separó de lo cierto á los soldados, diciéndoles una falsedad. Reunidas las legiones, les dijo que: «ya no era tiempo de vacilar; los reyes, aliados suyos, le instaban para que pasase cuanto antes al África. Masinisa se había presentado á Lelio quejándose de que perdía el tiempo en vanas dilaciones. Syfax le enviaba legados para mostrarle también su asombro, para conocer el motivo de tan largo retraso y exhortarle á que dispusiera al fin el paso de su ejército al África, ó que le dijese si había cambiado de propósito, para que pudiese él proveer á su seguridad y la de sus estados. Así, pues, encontrándose terminados todos los preparativos, tomadas todas las disposiciones y siendo muy importante no diferir la empresa, había decidido reunir la flota en Lilibeá, llevar allí todas las fuerzas de infantería y caballería y, con el auxilio de los dioses, con el primer viento favorable hacer vela hacia el África.» En seguida escribió á M. Pomponio para que marchase á

Lilibeá, si lo creía conveniente, para ponerse de acuerdo acerca de la elección de las legiones y del número de tropas que había de llevar consigo. Al mismo tiempo envió á toda la costa orden de embargar las naves de transporte y llevarlas á Lilibeá. Cuanto encerraba la Sicilia en naves y tropas se reunió en aquel punto: en la ciudad no había tan considerable número de hombres, y el puerto era estrecho para tantas naves. Todos ardían en deseos de pasar al África, y hubiérase dicho que iban, no á hacer la guerra, sino á recoger el premio de segura victoria. Los restos del ejército de Cannas especialmente, estaban convencidos de que con Scipión y no con ningún otro jefe podrían, combatiendo valerosamente por la República, merecer que se les libertase de su ignominioso servicio. Scipión, por su parte, estaba muy lejos de desdeñar aquellas tropas: sabía perfectamente que no debía imputarse á su cobardía el desastre de Cannas, y que en el ejército romano no había soldados tan veteranos, tan hábiles en todo género de combates, y especialmente en los sitios. Aquellas legiones eran la quinta y la sexta. Dijolas que iba á llevarlas al África, las revistó, dejó los hombres que no le parecieron aptos para aquella campaña, y los reemplazó con soldados que había llevado de Italia, completándolas de manera que cada una constase de seis mil doscientos infantes y trescientos jinetes. En seguida tomó lo más escogido de la infantería y la caballería de los aliados latinos que formaban parte del ejército de Cannas.

Los historiadores discrepan mucho en cuanto al número de hombres trasladados al África. Unos los elevan á diez mil infantes y dos mil doscientos jinetes; otros á diez y seis mil de infantería y mil seiscientos de caballería; y algunos, en fin, aumentando este número en



más de la mitad, dicen que se embarcaron treinta y cinco mil hombres entre infantería y caballería. Algunos nada dicen del número, y en la duda, prefiero seguir su conducta. Celio, aunque sin precisar el número, habla como de inmensa multitud. «De los aires, dice, cayeron aves, aturcidas por los clamores de los soldados, y de tal modo estaban llenas las naves, que parecía no quedaba ni un hombre en Italia ni en Sicilia.» Para que el embarque se hiciese con orden y sin confusión, Scipión se encargó de vigilarlo. C. Lelio, que mandaba la flota, contuvo en las naves los marineros que había hecho embarcar previamente. El embarque de víveres estuvo á cargo del pretor M. Pomponio. La flota recibió provisiones para cuarenta y cinco días, y de esta cantidad las había cocidas para una quincena. Cuando todo el ejército estuvo á bordo, envió chalupas (*scaphas*) que se acercasen á cada nave y mandasen al piloto, al jefe y dos soldados que acudiesen al foro á recibir órdenes. Cuando se reunieron les preguntó ante todo si habían embarcado el agua necesaria para hombres y animales en tantos días como alcanzaban los víveres. Contestáronle que cada nave tenía agua para cuarenta y cinco días. En seguida encargó á los soldados que permaneciesen silenciosos y quietos, que no disputasen con los marineros y que les ayudasen cuidadosamente en las maniobras. Prometió atender á la seguridad de las naves de transporte, manteniéndose él mismo con L. Scipión en el ala derecha con veinte naves rostradas, y encargando á C. Lelio, jefe de la flota, y á M. Porcio Catón, cuestor entonces, que protegiesen la izquierda con iguales fuerzas. Por la noche se encendería una luz en cada nave rostrada, dos en las de transporte y en la pretoria tres, para que se la pudiese distinguir. Los pi-

lotos recibieron orden de poner rumbo á las Emporias, comarca muy fértil, que ofrece con abundancia toda clase de recursos, y que, como ordinariamente sucede en los países ricos, los bárbaros son allí poco belicosos, siendo probable que los sometiesen antes de que Cartago pudiera socorrerles. Después de darles estas instrucciones, les mandó Scipión regresar á bordo y levar anclas al día siguiente, con la protección de los dioses, en cuanto se les diese la señal.

Muchas flotas romanas habían partido de Sicilia y del puerto mismo de Lilíbea; pero en el curso de aquella guerra (cosa que no puede extrañarse, porque las expediciones marítimas casi siempre no tenían otro objeto que el saqueo de las costas), ni en la primera guerra púnica, ninguna partida había ofrecido tan imponente espectáculo. Sin embargo, no considerando más que el número de naves, habíanse visto ya dos cónsules cruzando el mar con dos ejércitos, y sus flotas habían contado casi tantas naves rostradas como Scipión llevaba de transporte; porque además de sus cincuenta naves largas, solamente tenía cuatrocientas de carga para transportar sus tropas. Si se comparaban las guerras, la segunda parecía mucho más formidable para los romanos, porque Italia era su campo y porque se había distinguido por grandes desastres, por la pérdida de tantos ejércitos destruidos con sus generales. Por otra parte, Scipión, tan célebre por sus hazañas como por aquella fortuna que parecía serle personal y le prometía glorioso porvenir, se había atraído la atención general. Y además, en el transcurso de la guerra, ningún general antes que él tuvo la idea de pasar al África: por todas partes había manifestado que el objeto de su expedición era sacar de Italia á Annibal, tras-



ladar y terminar la guerra en el Africa. Así fué que inmensa multitud se aglomeraba en el puerto para gozar del espectáculo. No solamente los habitantes de Lilibea, sino todas las diputaciones de Sicilia, siguiendo al pretor de la provincia M. Pomponio, habían acudido para formar comitiva de honor á Scipión. Además, las legiones que quedaban en Sicilia se habían reunido para despedirse de sus compañeros. Si la flota ofrecía bello espectáculo á los que la contemplaban desde la orilla, no era menos bello el que presentaba la orilla cubierta por aquella icmense multitud para los que la veían desde las naves

En cuanto amaneció, Scipión desde la nave pretoria mandó silencio por medio del pregonero, y dijo: «Dioses y diosas que habitáis los mares y las tierras, yo os ruego y conjuro que hagáis de modo que todos los actos de mi mando, pasados, presentes y futuros, redunden en ventaja mía, del pueblo romano, de los aliados del nombre latino y de todos aquellos que se han unido á la fortuna del pueblo romano y á la mía, y que combaten bajo mis órdenes y auspicios, en la tierra, en el mar y en los ríos. Favoreced mis proyectos y haced que prosperen; devolvednos á nuestros hogares sanos y salvos, con salud y con fuerzas, vencedores de nuestros enemigos abatidos, adornados con sus despojos, cargados de botín y triunfantes; permitid que nos vengamos de nuestros enemigos públicos y particulares; dad al pueblo romano, dadme ocasión de hacer recaer sobre Cartago los males con que el pueblo cartaginés ha querido abrumar nuestra patria.» Después de esta plegaria arrojó al mar, según costumbre, las entrañas crudas de una víctima, y mandó tocar la señal de la marcha. Viento favorable y bastante fuerte hizo que la

flota perdiese muy pronto de vista las costas. Hacia mediodía se levantó niebla tan densa, que costaba mucho trabajo á las naves evitar los choques. El viento fué más suave en alta mar. La niebla continuó á la noche siguiente, pero se disipó á la salida del sol, y el viento sopló con más fuerza. Veíase ya tierra, y muy pronto anunció el piloto «que solamente distaban cinco millas de Africa; que se veía ya el promontorio de Mercurio, y que, si lo mandaba el General, muy pronto estaría en el puerto toda la flota.» Scipión, al ver la costa, pidió á los dioses que la República y él mismo tuviesen que congratularse de que hubiera visto el Africa. En seguida mandó forzar velas y buscar más abajo un punto de desembarco. Igual viento impulsaba á la flota; pero casi á la misma hora que la víspera, la niebla ocultó la costa é hizo calmar el viento. La noche vino en seguida á aumentar la inseguridad; así fué que, para impedir que las naves encallasen ó chocasen unas con otras, echaron anclas. Al amanecer sopló de nuevo el viento, disipó la niebla y dejó ver toda la extensión de las costas de Africa. Scipión preguntó el nombre del promontorio inmediato, y le contestaron que era el Hermoso. «Me agrada, dijo, dirigid á él las naves.» Abordó la flota y desembarcaron todas las tropas. Bajo la fe de muchos escritores griegos y latinos he referido esta travesía como muy afortunada y como realizada sin peligros ni desorden. Solamente Celio refiere que, á excepción del naufragio, la flota experimentó todos los furios del cielo y del mar; que arrastrada por la tempestad lejos de Africa, hasta la isla Egimura, con grandes dificultades pudo volver á su derrotero; que las naves estuvieron á punto de sumergirse y que los soldados, lanzándose á las chalupas, á pesar de las órde-



nes del General, como en medio de un naufragio, llegaron á la costa sin armas y en terrible confusión.

Desembarcados los romanos, establecieron su campamento en las alturas inmediatas. Muy pronto el espanto y el terror que produjeron, primero la presencia de la flota, y después el movimiento de las tropas que desembarcaron, se extendieron por toda la costa y llegaron á las ciudades. Veíase confusa multitud de hombres, mujeres y niños que llenaban aquí y allá todos los caminos, y numerosos rebaños que los campesinos llevaban delante de ellos. Hubiérase dicho que el África iba á ser abandonada de pronto. Éstos fugitivos difundían en las ciudades más miedo del que ellos mismos tenían. En Cartago, sobre todo, el desorden fué como el de una ciudad tomada por asalto. Desde el consulado de M. Atilio Régulo y de L. Manlio, es decir, desde cincuenta años antes próximamente, no se había visto un ejército romano; solamente algunas flotas destinadas á la piratería habían desembarcado tropas que talaban los campos inmediatos al mar, arrebatában lo que la casualidad les deparaba, y volvían á sus naves antes de que el grito de alarma sublevase contra ellos á los habitantes. Por esta razón el terror y el espanto llegaron al colmo en la ciudad; porque, en efecto, Cartago no tenía ejército bastante fuerte, ni general bastante hábil para hacer frente á Scipión. Asdrúbal, hijo de Gisgón, era muy superior á sus conciudadanos por su cuna, por su fama, sus riquezas y la unión que acababa de enlazarle con un rey; pero se recordaba que en España le había vencido y puesto en fuga muchas veces Scipión. Además, si los dos Generales no eran iguales, el improvisado ejército de Asdrúbal tampoco valía lo que el romano. Creyóse, pues,

que Scipión iba á atacar inmediatamente á Cartago, y por todas partes se gritó á las armas y se cerraron apresuradamente las puertas; colocáronse soldados en las murallas, centinelas y guardias en la ciudad, y á la siguiente noche, todos los habitantes permanecieron en pie. A la mañana, quinientos jinetes enviados en reconocimiento hacia el mar, con orden de oponerse al desembarque, cayeron en las avanzadas de los romanos. Porque Scipión había enviado ya la flota á Utica, y, sin alejarse demasiado de la costa, se había apoderado de las alturas inmediatas, había colocado fuerzas de caballería en posiciones convenientes y hecho partir las demás para talar los campos.

Los jinetes romanos atacaron á la caballería cartaginesa, le mataron algunos hombres en la pelea y muchos más en la fuga: entre los muertos quedó el jefe de los cartagineses, Stannón, joven de noble alcurnia. Scipión no se contentó con talar los campos inmediatos, sino que se apoderó también de la ciudad vecina, que era bastante rica. Además del botín, que se cargó en seguida en las naves de transporte y fué conducido á Sicilia, hizo ocho mil prisioneros, entre hombres libres y esclavos. Pero lo que más alegró á los romanos, al comenzar la campaña, fué la llegada de Masinissa, acompañado, según unos, de doscientos hombres nada más; según el mayor número, de dos mil jinetes. Como éste fué el soberano más poderoso de su tiempo y prestó grandísimos servicios á los romanos, diremos algo de los acontecimientos que le arrebataron y le devolvieron el trono de sus padres. Encontrábase combatiendo por los cartagineses en España, cuando murió su padre, llamado Gala. Según la costumbre de los númidas, la corona pasó á Oesalces, hermano del



rey, muy avanzado ya en edad. Poco tiempo después murió Oesalces, y su hijo mayor Capusa, cuyo hermano era todavía niño, heredó el trono paterno, más bien en virtud de las leyes del país, que por la consideración de que gozaba y por su poder. Existía entonces un príncipe númida, llamado Mezetulo, nacido de sangre real, pero de familia que había sido siempre enemiga de la raza reinante, y que frecuentemente le había disputado la corona, con éxito diferente. Mezetulo, cuya influencia había crecido en proporción al odio que inspiraban los poseedores del trono, sublevó á sus conciudadanos, entró abiertamente en campaña y obligó á su rival á librar batalla y á defender la corona. Capusa pereció en el combate con muchos magnates de los más principales, y toda la nación de los masilios pasó bajo las leyes y autoridad de Mezetulo. Pero no tomó el título de rey, contentándose con el modesto nombre de tutor, y proclamando rey al joven Lacumaco, último retoño de la rama real. Casóse con una noble de Cartago, hija de la hermana de Aníbal y viuda de Oesalces, esperando granjearse por este medio la amistad de aquella ciudad, y en seguida envió legados á renovar con Syfax los lazos de antigua hospitalidad, queriendo asegurarse por este medio poderoso auxilio contra Masinissa.

Cuando Masinissa se enteró de la muerte de su tío y después de la de su primo, pasó de España á Mauritania, donde reinaba á la sazón Bocchar. Por medio de súplicas y humildes ruegos, consiguió, á falta de ejército con que hacer la guerra, una escolta de cuatro mil moros, partiendo con ellos después de haber mandado prevenir á los partidarios de su padre y á los suyos. Cuando llegó á las fronteras del reino, se le reunieron

unos quinientos númidas. Entonces, cumpliendo lo convenido con Bocchar, despidió á los moros. Mucho menos numerosos eran los partidarios que acababa de encontrar de lo que esperaba, siéndole imposible intentar con tan pocas fuerzas empresa tan importante; sin embargo, persuadido de que la rapidez y vigor de la acción duplicarían sus fuerzas y sus recursos, corrió á Thapso, donde encontró á Lacumaco, que iba á visitar á Syfax. La comitiva del Rey huyó en desorden á la ciudad, y Masinissa tomó la plaza al primer asalto. Entre las gentes del rey, unos se sometieron, siendo recibidos; otros se prepararon á resistir, y los mataron, escapando la mayor parte con Lacumaco á favor del tumulto, y llegaron á la corte de Syfax, á donde pensaban ir. La noticia de este triunfo, poco importante, pero muy oportuno para comenzar, puso á los númidas de parte de Masinissa, acudiendo á él de todas partes, de los pueblos y ciudades, los antiguos soldados de Gala, que le exhortaban á recobrar el trono de sus padres. Sin embargo, las fuerzas de Mezetulo eran superiores; tenía á sus órdenes el ejército con que había vencido á Capusa, y algunas tropas que se le entregaron después de la muerte de este príncipe; Lacumaco había llevado por su parte fuertes socorros del reino de Syfax; el ejército de Mezetulo se elevaba á quince mil hombres de infantería y diez mil caballos. Masinissa, á pesar de su inferioridad en infantería y caballería, trabó la batalla, debiendo la victoria, tanto al valor de sus veteranos, como á la experiencia que había adquirido de los ejércitos romanos y cartagineses. El Rey, su tutor, y un puñado de masesylios se refugiaron en territorio de Cartago. De esta manera subió Masinissa al trono de sus padres; pero conven-



cido de que tenía que sostener una guerra más larga con Syfax, y persuadido además de cuánto le interesaba su reconciliación con su primo, infundió esperanza al joven, si quería entregarse á su discreción, los honores que OEsales había gozado en otro tiempo en la corte de Gala; prometiendo además á Mezetulo la impunidad y la fiel restitución de todos sus bienes. Los dos prefirieron al destierro una fortuna modesta en su país, y á pesar de los esfuerzos de los cartagineses para oponerse á aquel tratado, se entregaron á Masinissa.

Cuando ocurrían estos acontecimientos encontrábase Asdrúbal en la corte de Syfax: viendo que el príncipe núpida daba poca importancia á que ocupase el trono de Masilia Lacumaco ó Masinissa, le dijo: «que se equivocaba mucho si creía que Masinissa se contentaría con la herencia de su padre Gala y de su tío OEsalces; que era un príncipe dotado de mucha más fuerza de ánimo y carácter que jamás había mostrado ningún rey de aquella nación; que frecuentemente había dado pruebas en España á sus aliados y enemigos de un valor muy raro entre los hombres; que Syfax y los cartagineses debían extinguir aquel incendio naciente, si no querían que devorase todas sus posesiones, sin que pudieran contener sus progresos; que en aquel momento sus fuerzas no tenían aún poder ni consistencia y que procuraba consolidar un reino apenas fundado.» Las instancias y exhortaciones de Asdrúbal decidieron á Syfax á dirigir un ejército á las fronteras de los masylios, marchando á establecer su campamento en un territorio que había disputado frecuentemente á Gala por medio de discusiones y por la fuerza de las armas, afectando ahora considerarlo como indiscutible propie-

dad suya. «Si querían arrojarlo, decía Asdrúbal, tendrían que darle batalla, y esto era lo que debía desear. Si por temor le cedían el terreno, avanzaría al centro del reino, y los masylios se le someterían sin combate ó no podrían resistirle.» Excitado por estos consejos, Syfax declaró la guerra á Masinissa, derrotando y poniendo en fuga á los masylios en los primeros encuentros. Masinissa, seguido por corto número de jinetes, se refugió desde el campo de batalla en un monte llamado Balbo en el país; algunas familias le siguieron con sus tiendas y rebaños, que constituyen sus únicas riquezas, y el resto de los masylios pasó á la obediencia de Syfax. El monte á que se habían retirado los desterrados abundaba en pastos y manantiales, encontrando los rebaños excelentes hierbas, y los hombres, que se alimentaban de carnes y leche, vivían en la abundancia. Muy pronto comenzaron á salir de su retiro furtivamente y á favor de la noche, y en seguida se entregaron á franco y abierto bandidaje, devastando todo el territorio inmediato, dirigiendo especialmente sus correrías á las tierras de los cartagineses, que eran más ricas que las de los núpidas y en las que encontraban menos peligros. Á tal punto de licencia y audacia llegaron, que llevaron su botín al mar y lo vendieron á los mercaderes que el cebo de la ganancia atraía á la costa. En estas sorpresas frecuentemente tenían los cartagineses más muertos y prisioneros que en una guerra regular; por lo que se quejaron á Syfax, exhortándole á que exterminase aquel resto de enemigos. Este príncipe estaba también muy irritado por aquel bandidaje; pero consideraba como indigno de un rey perseguir á un bandido errante por las montañas.

Encargóse esta expedición á Bocchar, prefecto de



Syfax, hombre intrépido y activo. Diéronle cuatro mil hombres de infantería y dos mil caballos, haciéndole esperar brillantes recompensas si llevaba la cabeza de Masinissa, ó si le cogía vivo: este último servicio no podía pagarse demasiado. Bocchar cayó de improviso sobre los masylios, desparramados y sin desconfianza; separó los rebaños y sus pastores de la escolta que debía protegerlos, y persiguió al mismo Masinissa con pocos compañeros hasta la cumbre de la montaña. Considerando entonces la guerra casi como terminada, envió á Syfax el botín, los rebaños y los prisioneros; despidió parte de sus tropas, que consideraba demasiado numerosas para someter aquel resto de enemigos; no conservó más que mil infantes y unos doscientos caballos; se puso en persecución de Masinissa, que había bajado de las montañas, y le encerró en estrecho valle, cuyas dos salidas tenía bloqueadas, haciendo allí terrible matanza de masylios. Masinissa se salvó con unos cincuenta jinetes por las escabrosidades de la montaña, desconocidas al enemigo. Sin embargo, Bocchar siguió sus huellas, alcanzándole en inmensas llanuras, cerca de Clypea, y de tal manera le envolvió, que exterminó todo el grupo, exceptuando cuatro jinetes, entre los que se encontraba Masinissa, que estaba herido y había escapado, por decirlo así, de entre las manos del enemigo á favor del tumulto. Los vencedores no perdieron de vista á los fugitivos: toda la caballería se extendió por la llanura con objeto de perseguir á aquellos cinco hombres, atravesándola oblicuamente para cortarlos. Encontrando á su paso los fugitivos ancho río, no vacilaron en lanzar en él sus caballos para salvarse de un peligro más inminente; pero les arrastró el agua y bajaron en dirección oblicua. La

rápida corriente sepultó á dos ante los ojos del enemigo, y se creyó que Masinissa había perecido también; pero los dos jinetes que quedaban llegaron con él á la otra orilla y desaparecieron en medio de los arbustos. Bocchar terminó entonces la persecución, no atreviéndose á entrar en el río y creyendo que ya no tenía á nadie que perseguir. Regresó, pues, al lado Syfax, dándole la falsa noticia de la muerte de Masinissa, y la comunicaron á Cartago, donde produjo inmenso regocijo. El rumor de aquella muerte, difundida ya por toda el África, impresionó de distinta manera los ánimos. Oculto Masinissa en el fondo de una caverna, donde curaba con hierbas su herida, vivió muchos días del producto del merodeo de sus dos compañeros. En cuanto se formó la cicatriz, en cuanto se creyó en estado de soportar el movimiento, no escuchó más que su valor y se puso en marcha para reconquistar su reino. Después de recoger en su camino unos cuarenta jinetes, llegó al territorio de los masylios y se dió á conocer. La antigua adhesión que le tenían, el regocijo inesperado que experimentaban al ver lleno de vida al príncipe que creían muerto, realizaron un levantamiento tan general, que en pocos días tenía á sus órdenes seis mil infantes bien armados y cuatro mil caballos. Muy pronto se apoderó del reino de sus padres, llevando la devastación hasta á los pueblos aliados de Cartago y á las tierras de los masylios súbditos de Syfax. De esta manera obligó á este príncipe á entrar en campaña, y marchó á apostarse entre Cirta é Hipona, en alturas que le ofrecían toda clase de recursos.

El asunto era demasiado grave á los ojos de Syfax para encargarlo á un prefecto; destacó una parte de su ejército á las órdenes de su hijo el joven Vermina;



mandóle describir un rodeo y que atacara al enemigo por la espalda, cuando él mismo le hubiese llamado la atención. Vermina partió durante la noche, porque su expedición debía ser secreta; Syfax, por el contrario, se puso en movimiento durante el día, sin tratar de ocultar su marcha, porque debía combatir con las enseñas altas y en batalla campal. Cuando creyó haber dado al destacamento tiempo para rodear al enemigo, bajó por una pendiente bastante suave, y, confiando en el número de sus tropas y en la emboscada que había preparado, hizo subir á sus tropas la colina opuesta, donde se habían fortalecido los masylios. Masinissa, que confiaba especialmente en su posición, mucho más ventajosa, avanzó á su encuentro. El combate fué sangriento y por mucho tiempo indeciso. El terreno y el valor de los soldados estaba por Masinissa; la superioridad del número por Syfax. Aquella prodigiosa multitud, dividida en dos cuerpos, de los que el uno atacaba de frente á los masylios, y el otro les había envuelto por la espalda, decidió la victoria en favor de Syfax, sin dejar siquiera al enemigo la posibilidad de huir, encontrándose cortados por delante y por detrás. Así, pues, infantes y jinetes todos fueron muertos ó hechos prisioneros. Doscientos jinetes quedaron agrupados en torno de Masinissa; dividióles en tres grupos y les mandó abrirse paso, después de fijarles un punto donde se reunirían en la fuga. Arrojándose él mismo sobre el enemigo en el punto que había elegido, escapó entre una nube de venablos. Pero dos grupos quedaron sobre el terreno: uno perdió valor y se rindió; el otro, que oponía desesperada resistencia, fué aplastado y destruído. Viéndose Masinissa estrechado muy de cerca por Vermina, describió mil rodeos para burlar al ene-

migo, y, después de fatigarle, hasta desesperar Vermina de alcanzarle, le obligó á desistir de la persecución. Con cincuenta jinetes llegó á la Syrte menor, y allí, convencido de que había luchado valerosamente y muchas veces para reconquistar el reino de sus padres, se fijó entre la provincia cartaginesa de Emporia y el país de los garamantas, donde permaneció hasta la llegada de C. Lelio y de la flota romana al Africa. Estas circunstancias me llevan á creer que Masinissa solamente tenía con él pocos jinetes, y no considerable número, cuando más tarde marchó á reunirse con Scipión: si numerosa escolta conviene más al poder del rey que ocupa el trono, corto acompañamiento está más en armonía con la fortuna del desterrado.

Los cartagineses, después de haber perdido su fuerza de caballería y al jefe que la mandaba, levantaron otra, cuyo mando confiaron á Hannón, hijo de Amílcar. En seguida enviaron á Asdrúbal y á Syfax cartas, mensajeros y hasta legados: mandaron á Asdrúbal que fuese á defender su patria, que estaba casi sitiada, y rogaron á Syfax que socorriese á Cartago y al Africa entera. Scipión había tomado entonces posiciones á una milla de Utica, adonde se había trasladado después de permanecer durante algunos días acampado en la costa cerca de su flota. Comprendiendo Hannón que su caballería no era bastante fuerte para atacar al enemigo ni para preservar de la devastación los campos, se ocupó, ante todo, de reclutar gente para aumentar sus fuerzas. Sin rechazar los refuerzos de otros pueblos, tomó á sueldo númeridas especialmente, los mejores jinetes, sin duda alguna, de toda el Africa. Tenía ya cerca de cuatro mil caballos cuando marchó á situarse en una ciudad llamada Saleca, á unas quince millas del cam-



pamiento romano. Al saberlo Scipión, exclamó: «¡Encierran la caballería durante el verano! Les permito que aumenten su número con tal de que tengan ese jefe.» Sin embargo, persuadido de que debía redoblar su actividad por razón de la misma indolencia del enemigo, envió á Masinissa con su caballería, encargándole que llegase á las dos puertas de la ciudad y provocase los cartagineses al combate; cuando les atrajese en grupos fuera de las murallas, y su número fuese bastante considerable para que pudiera resistir fácilmente el peso del combate, debía retirarse poco á poco, llegando Scipión en el momento favorable para tomar parte en la pelea. En efecto, solamente esperó el tiempo que consideró necesario para que Masinissa hubiese hecho salir al enemigo; siguióle al frente de la caballería romana, y avanzó ocultando la marcha detrás de las alturas que, muy á propósito, bordeaban el camino en todas sus sinuosidades. Masinissa, representando sucesivamente el papel de quien quiere asustar y de quien tiene miedo, llevaba sus evoluciones hasta las puertas, ó bien se retiraba ante el enemigo, enardecido por aquel fingido temor, haciéndose perseguir en desorden. No habían salido todavía todos los cartagineses y su jefe se fatigaba, aquí para levantar hombres ebrios y dormidos y hacer que tomasen las armas y ensillasen los caballos; allá para detener á los soldados que corrían mezclados y en desorden, á la casualidad, sin enseñas y precipitándose por todas las puertas. Al principio cayó Masinissa sobre los que salían de la ciudad sin precaución, pero en seguida se precipitaron en mayor número, todos juntos, apretadas las filas, y restablecieron la igualdad del combate. Habiéndose lanzado al fin toda la caballería, Masinissa no pudo sostener el

ataque. Sin embargo, no huyó en desorden, sino que se retiró poco á poco, sosteniendo el choque del enemigo, hasta que le atrajo cerca de las alturas que ocultaban á la caballería romana. Entonces se presentaron los jinetes de Scipión: sus fuerzas estaban completas, sus caballos descansados, y cayeron sobre Hannón y los africanos, á quienes el combate y la persecución habían fatigado, y los envolvieron. Por su parte, Masinissa volvió de pronto bridas y volvió á la carrera. Cerca de mil hombres que formaban la vanguardia de Hannón, no pudiendo batirse en retirada, quedaron cortados y fueron muertos con su general. Los otros, asustados, especialmente con la muerte de su jefe, huyeron en desorden. Los vencedores les persiguieron durante tres millas, y cogieron ó mataron cerca de dos mil jinetes, en cuyo número parece que se contaban por lo menos doscientos cartagineses, pertenecientes muchos de ellos á ricas y nobles familias.

El mismo día de aquella victoria, las naves que habían trasportado el botín á Sicilia regresaron cargadas de víveres, como si hubieran presentado que tenían que trasportar nuevo botín. La muerte de dos jefes cartagineses del mismo nombre en dos combates de caballería, no la mencionan los historiadores, temiendo, según creo, dejarse engañar por doble relato del mismo hecho. Celio y Valerio llegan á decir que Hannón cayó prisionero. Scipión hizo magníficos regalos á los jefes y soldados, según sus servicios, pero muy especialmente á Masinissa. En seguida dejó fuerte guarnición en Saleca, partió con el resto de las tropas, taló los campos á su paso, forzó algunas ciudades y pueblos, difundió á lo lejos el terror de sus armas, y regresó á su campamento siete días después de su salida, lle-